

“DO YOUR WORST”.

Se me acabó la batería.

Eso es lo único que recuerdo tras el accidente. Eso, y el sonido inquietante y repetitivo de las ambulancias. Cualquier cosa que ocurriese después se borró automáticamente de mi memoria. Ah... pero lo que pasó antes lo recuerdo muy bien. A veces, mientras camino por las solitarias calles huelo su perfume de lavanda y cuando observo la oscuridad todavía veo esas manos suaves con las uñas pintadas de un rosa pastel tan inocente o esos ojos antes azules, después salpicados en sangre, llenos de angustia y dolor, que pedían ayuda. Ayuda que no presté. ¿Por qué?, os preguntaréis. La respuesta es simple: a veces suceden acontecimientos tan inesperados que aunque se conocieran de antemano habría seguido siendo demasiado tarde. Porque siempre es tarde para cambiar el destino. Y yo no llegué tarde, no. Yo no llegué, y quizá eso me hace más culpable que nadie.

Los martes por la mañana parábamos a por café antes de ir a clase. Solía relatarme sus sueños de la noche anterior, siempre extraños e inimaginables: panteras negras que sonríen en un fondo blanco, carreteras donde los elefantes circulan con ruedas en las patas,... Me preguntaba de dónde sacaría esa imaginación. Yo no soñaba, pero echo de menos no hacerlo porque ahora solo tengo pesadillas.

Lo que más me llamó la atención desde el primer día fue su sonrisa. No es que fuera la más bonita, ya que tenía los dientes torcidos y unos labios tan finos que apenas se apreciaban. Pero a pesar de ello, esa sonrisa era especial, como ella. Era cautivadora, extrovertida, sensible y delicada como una flor. En realidad, merecía alguien que la hubiese cuidado y querido de verdad. Empiezo a pensar que ese no fui yo. Lo único que hice fue ir descargando todos y cada uno de mis miedos, problemas, enfados sobre su cabeza, esperando que los filtrase como siempre. Conocía mis pensamientos en cada momento. Sabía dar la cara por mí, cuando yo; el cobarde que soy, solo quería esconderme.

Pero yo no sabía que los enfados causan ese veneno al que denominamos rabia, ni esa explosión que estalla cuando la mente no puede más. No debí haber llegado a ese punto, al igual que tampoco debería haber salido aquella noche sin límites, solo con una botella de alcohol en una mano y un móvil descargado en la otra. De no ser esas las

circunstancias, le habría cogido esa llamada pidiendo auxilio y ahora estaría aquí. Pero no fue eso lo que ocurrió, y de un momento a otro, todo lo bueno que había en mí desapareció con Ella.

Después de aquello, sé que estuve semanas, quizá más, encerrado en mi cuarto. ¿Qué por qué lo sé? Me lo han contado. Y durante todo ese tiempo medité y recapacité sobre mis actos.

Ella ya no estaba. Eso era lo único que importó desde el principio. Lo cual me llevó a pensar que merecía cargar con ese castigo. Madre siempre dijo que el día en que consiguió sacarme a rastras de mi cuarto, (que por aquel entonces desprendía un olor a cerrado y a comida rancia) gritaba su nombre con los puños cerrados. Mi cuarto, esa pequeña estancia llena de ropa tirada por todas partes y fotos cuyos cristales quedaron hechos añicos.

Si yo era débil, mi madre lo era tres veces más. El silencio que reinaba en casa la hacía llorar constantemente. Aprecié que llevaba días buscando algo de afecto por mi parte. No logró entender que no podía refugiarse en mí ya que ambos estábamos perdidos.

Un día se me acercó lo suficiente como para que pudiera distinguir sus ojeras bajo esos ojos negros llorosos y me suplicó que volviese a clase, que ya no soportaba verme deambular por casa con la mirada perdida, pero si accedí fue porque yo tampoco soportaba verme reflejado en ella.

Volver a clase sólo empeoró las cosas. Cada espacio, cada rincón, me devolvía a esos días donde todo iba bien. No recordaba mi última sonrisa; sabía que muchas las habría provocado Ella, con esas ocurrencias que tenía en los momentos más inesperados. Ahora las clases se me antojaban tediosas. Además, intentaba no mirar a mi izquierda, donde solía sentarse. La gente parecía seguir con sus ajetreadas vidas. Pasé desapercibido para todo el mundo y todo el mundo pasó desapercibido para mí.

Llegué cansado, con la única intención de quedarme en mi cuarto. Aun así, salí para la cena; mi madre en un esfuerzo de empatizar comenzó a decir cosas que se me hacían innecesarias y a la vez punzantes, como el mero detalle de que se había cortado las puntas del pelo. Me recordó a la media melena ondulada y sedosa que solía llevar Ella.

No sé qué me hizo dar un golpe en la mesa.

Madre dejó de hablar al instante.

Tampoco sé la razón por la que tiré los platos, los vasos y los cubiertos y acto seguido, cogí mi mochila y salí de casa sin un ápice de remordimiento.

Algo me dijo que esa sería la última vez que vería a mi madre.

Pasé por diversas calles, iluminadas por las tenues farolas. Solo se oía el viento silbar entre las ramas. No sé qué hora sería cuando el cansancio no me dejó seguir y tuve que acostarme en un banco sucio y mojado.

Desperté sin sentirme aturdido ni asustado. Me aseguré de que mis pocas pertenencias siguieran conmigo y dejé que mis pasos cansados me llevaran hasta el instituto. Todavía no consigo explicarme qué me hizo volver al sitio donde la vi con vida por última vez. Tal vez fue para despedirme; tal vez para recordarme a mí mismo lo que significaba ser normal antes de dejar de serlo. Llegué tarde. Cuando me vio entrar, el profesor hizo ademán de regañarme, pero su voz se fue haciendo más y más débil cuando se percató de que no le prestaba la más mínima atención. Siguió con su explicación mientras yo me sentaba, me ponía los auriculares y la capucha de la sudadera. Saqué un cuaderno, empecé a garabatear las primeras palabras que pasaban por mi mente: *culpa, teléfono, vacío, miedo, Ella y yo*. Transcurrido un cuarto de hora, tracé una línea continua para unir todas las palabras que había escrito, cogí la hoja de papel y la hice una bola. Dudé entre guardarla o dejarla ahí, pero al final la sujeté con fuerza entre mis dedos como si formase parte de mí. Cogí las cosas y me levanté.

Caminaba hacia la puerta.

Me pareció escuchar un eco, quizás fue la voz del profesor tras alguna risa.

Y mientras la canción de Harves, “Do Your Worst” sonaba a través de los auriculares, corrí.